

Algunas notas sobre la figura de Argantonio y sus elementos míticos

Some notes on the figure of Arganthonius and his mythical elements

Aurelio Padilla Monge
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Los aspectos míticos de la figura de Argantonio, manifestación del buen monarca acogedor del viajero y expresión de la idea de fuente de riqueza lejana y misteriosa; la base mítica de su cronología vital, determinada por la aplicación de un módulo cronológico mítico de origen mesopotámico integrado en el acervo mítico griego, la utilización de un verdadero cliché narrativo para contar la historia de sus relaciones con los marinos focios y el probable origen de su propio nombre, quizá tomado por Caronte de Lámpsaco de un ciclo mitológico bitinio, permiten poner muy en duda la historicidad de este personaje.

SUMMARY

Several elements of the story narrated by Herodotus (I, 163) about Arganthonius, King of Tartessos, raise questions on the historical reality of this character: first, the mythical aspects of his figure, since he can be considered both a realization of the picture of the friendly king who welcomes travelers and an embodiment of the idea of a far-off and mysterious source of wealth; second, the chronology of his reign and his life, in which a mythical period of Mesopotamian origin was used; third, the history itself of his relationships with the Phocaeen sailors, in which a narrative cliché was employed, and finally the likely origin of his own name, maybe taken perhaps by Charon of Lampsacus from a Bithynian mythological cycle.

PALABRAS CLAVES: Tarteso, Caronte de Lámpsaco, mitología griega.

KEY WORDS: Tartessos, Charon of Lampsacus, Greek mythology.

Buena parte de la historiografía centrada en la Iberia prerromana defiende que aquello que los griegos llamaron *Tartessos* fue una elaboración de la imaginación griega, construida a partir de algunos datos ciertos, que acabó finalmente por integrarse en la mitología helena. Como destaca Plácido (1993: 82-83), la imagen de Tarteso se elaboró en la Grecia Arcaica y se convirtió en un elemento fundamental

de la representación griega del Mediterráneo, pues quedó vinculada a las columnas de Heracles, hitos que, para los griegos, marcaban el final del mundo habitado y conocido y el comienzo del Océano, infinito y misterioso escenario de fábulas y utopías. Como también subraya Plácido, una vez separada del momento histórico que la produjo, esta imagen quedó convertida en objeto de debate entre los propios eruditos griegos y, después, romanos. Asumido esto, creo que es necesario avanzar en la dirección de aislar los elementos míticos presentes en la representación griega del territorio ibérico que se extiende a Poniente del estrecho de Gibraltar, con la finalidad de identificar los elementos reales y mejorar nuestro conocimiento de la colonización fenicia de la vertiente atlántica de la Península Ibérica y de las actividades presumiblemente desarrolladas por mercaderes griegos en este escenario.

Entre los elementos que formaban parte de la imagen de Tarteso destaca el personaje llamado *Arganthonios*, postulado rey de un territorio identificado con dicho topónimo, nucleado por el río homónimo, un supuesto soberano a quien, de una u otra forma, la investigación siempre ha salvado de caer en el saco de las creaciones míticas, cuando, desde mi punto de vista, es más difícil demostrar su historicidad que admitir su pertenencia al señorío de los mitógrafos. Sobre esto tratan las líneas que siguen.

Según la Arqueología, durante los siglos IX y VIII y buena parte del VII a.C., los cananeos asentados en el Sur de la Península Ibérica, además de utilizar productos artesanales propios y muy probablemente de los residentes no fenicios, también usaron manufacturas griegas, que probablemente ellos mismos adquirían fuera de la Península Ibérica, bien en Sicilia, bien en el Mediterráneo oriental (Shefton 1982:

342; Cabrera 2001: 167; González de Canales 2004: 150-159), según puede deducirse, entre otros datos, de la ausencia de fuentes literarias que involucren explícitamente a otros mercaderes en el suministro de dichos bienes por aquellos momentos. Ciertamente, se ha propuesto que los materiales griegos de los siglos IX y VIII a.C. hallados en la Península Ibérica pudieron deberse a la participación de eubeos en empresas ultramarinas en colaboración con estos cananeos (Domínguez Monedero 2006c: 52; 2007: 137-138; 2013: 16-17). Pero, como se ha argumentado, los pocos vasos griegos correspondientes a estos dos siglos hallados en la Península Ibérica, frente a la elevada cantidad de materiales fenicios (véanse especialmente los hallazgos del solar de la calle Méndez Núñez-plaza de Las Monjas de Huelva), no responden a navegaciones eubeas, sino que registran algunas de las escalas realizadas por los fenicios en su viaje al Occidente, sin perjuicio de que en sus barcos se enrolaran eubeos o individuos de otros orígenes (González de Canales *et alii* 2010: 663-667).

Durante la primera mitad del siglo VII a.C., siguieron llegando, con mayor o menor intensidad, productos griegos a centros fenicios de la Península Ibérica (Domínguez Monedero 2013: 18), pienso que transportados por los mismos cananeos, independientemente de que, como Domínguez Monedero (2006c: 58-59 y 72) propone, fueran traídos para satisfacer las necesidades de griegos residentes en los establecimientos fenicios de Iberia, en los que los helenos habrían sido acogidos según las prácticas y los mecanismos propios de los establecimientos empóricos.

Según la noticia recogida en el siglo V a.C. por Heródoto (IV, 152), en la que se narran las aventuras náuticas de un personaje llamado Coleo, algunos marinos samios habrían llegado al *emporion* que Heródoto llama Tarteso, al parecer hasta aquel momento situado fuera de las rutas habituales de estos mercaderes helenos. La investigación que admite la historicidad de la narración, al menos en sus aspectos esenciales, suele situar el viaje de Coleo en una fecha en torno a los años centrales del siglo VII a.C. Pero, como Gómez Espelosín (1993: 161-162) destaca, la narración del viaje de Coleo solo alcanza pleno sentido si se contempla dentro de los límites de la obra herodotea, pues se trata de un relato fantástico con ribetes míticos cuya precisa base real desconocemos. Muy probablemente, fue precisamente el prestigio ya alcanzado por Tarteso entre los griegos el que justifica la aparición de Tarteso en el relato, cuyo objetivo fundamental, como entiende Andreotti (2013: 253), pudo ser explicar los lazos existentes entre Cireneos y Tereos, aunque, casi de forma inmediata a la aparición en escena del cretense Corobio, la atención se desvía

hacia la propia historia de Coleo, que se convierte en el protagonista (Gómez Espelosín 1993: 162).

Durante el último tercio del siglo VII y el primero del VI a.C., productos samios, especialmente (Blázquez 2007: 37), pero también milesios, quitos, áticos, laconios y corintios llegaron en gran cantidad al Sur de la Península Ibérica. Estas manufacturas griegas pudieron llegar como consecuencia tanto del comercio fenicio con Grecia oriental, las colonias jónicas suritálicas y sicilianas y, en su momento, Masalia (Pellicer 1996: 126; López Castro 2000: 129), como de las actividades desarrolladas por mercaderes samios y foceos, entre otros, que frecuentaron el Sur de la Península Ibérica durante el último tercio del siglo VII y el primero del VI a.C., al menos, aunque las actividades samias probablemente se interrumpieron antes del inicio del siglo VI a.C., como consecuencia de los cambios políticos que afectaron a Samos en los últimos años del siglo VII a.C., por lo que cabe imaginar que la actuación de los foceos fue la predominante durante el primer tercio del siglo VI a.C. (Domínguez Monedero 2006b: 434, 439; 2010: 33).

Un bien conocido texto de Heródoto (I, 163) se refiere a la presencia de foceos en concreto: “Estos, los foceos, fueron los primeros de los griegos que se valieron de grandes navegaciones y fueron ellos los que dieron a conocer, no solo la mar Adriática y Tirsénia sino Iberia y Tarteso. Hacían sus travesías no con barcos redondeados sino con los de cincuenta remos. Cuando llegaron a Tarteso, trabaron amistad con el rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio y había mandado en Tarteso ochenta años y vivido en total ciento veinte. Así que tan amigos se hicieron los foceos de este hombre, que les animaba en un principio a que, dejando ellos Jonia, se establecieran en su país donde quisieran, y después, como no convenció de ellos a los foceos, habiéndose enterado por ellos cómo medraba el Medo, les dio bienes para rodear la ciudad con una muralla. Y les dio generosamente, pues el perímetro de la muralla es de no pocos estadios y toda ella es de piedras grandes y bien ajustadas” (THA 1989: 241).

Debe destacarse que este fragmento refleja uno de los resultados más expresivos del inmenso prestigio alcanzado por Tarteso, “redescubierto” por mediación de los foceos. Después de poco más de medio siglo, el lugar había dejado de ser el *emporion* fugazmente visitado por Coleo para convertirse en un territorio (*khora*) en el que mandaba un rey (*basileus*); o sea, era ya un reino. Es cierto que el término *basileus* en el cálamo de Heródoto puede referirse a jefaturas unipersonales de distintos tipos (De Hoz 2010: 224), pero la presencia conjunta en el texto herodoteo de los términos *khora* y *basileus* nos remiten a una de

las situaciones menos complejas: un soberano que reina sobre un territorio. Al fin y al cabo, se trataba de presentar al oyente y/o lector griego un sistema político monárquico no solo reconocible y esperable en una sociedad bárbara, sino además personificado en un rey filoheleno, que no solo vinculaba al “reino tartésico” con la geografía económica griega exclusivamente, alejándolo conscientemente de cualquier relación con los cananeos (García Fernández 2003: 183-184), sino también con la misma historia griega en Oriente, a través del relato de la financiación de la muralla de Focea por parte de Argantonio (Cruz Andreotti 2004: 14; 2013: 253), sobre el que volveré más adelante.

Aunque es posible que las historias sobre el Extremo Occidente hubieran empezado a propagarse por los ambientes empóricos del Mediterráneo antes del establecimiento de los helenos en Sicilia, la fama del territorio ibérico y la magnificación de su riqueza parece que comenzaron a adquirir fuerza en dicha isla, como parece indicar la primera referencia a Tarteso dentro de la literatura griega, que se debe al poeta Estesícoro de Himera, en su *Gerioneida*, según recoge Estrabón (III, 2, 11): “junto a las aguas sin límite del río Tarteso, de raíces de plata” (De Hoz 2010: 217-218). Este hecho podría haberse debido a cualquier otro erudito griego, pero no es de extrañar que se produjera por la labor de un habitante de Himera. En este sentido, como destaca Chic (2003: 100), no es una coincidencia el hecho de que Himera y Selinunte, los enclaves griegos más cercanos a la Península Ibérica, fueran las primeras ciudades sicilianas en acuñar moneda de plata y en demandar abundantemente este metal. Las acuñaciones se iniciaron en Himera a mediados del siglo VI a.C. o poco antes (Kraay 1983: 16) y ofrecieron argumentos suficientes a Estesícoro, literariamente activo precisamente por aquellos mismos momentos (West 1971: 306), para imaginar argéneas raíces al río Tarteso, desde cuyo entorno se decía que venía la plata que se acuñaba por primera vez en su ciudad.

El primer aspecto relacionado con Argantonio que llama la atención es el mismo nombre de este personaje y su supuesta relación con la plata. En efecto, Olmos (1986: 591) entiende que el nombre Argantonio puede relacionarse con la raíz indoeuropea $\sqrt{*arg-}$ (‘blanco, brillante, resplandeciente’) y que tal vez fuera un “nombre parlante” con un significado aproximado al de ‘el [hombre] de la plata’. La supuesta vinculación del antropónimo *Arganthonios* con la plata se debería a que este podría ser un desarrollo de $*argant-$, resultado de la aplicación del sufijo de participio *-nt-* a la raíz ide. $\sqrt{*A_1erǵ-} > \sqrt{*arǵ-}$, que posee el significado de ‘ser blanco, relucir’, pero

también ‘lanzar’ y ‘ser rápido’, con realizaciones como *argés* (‘reluciente, brillante’) en griego, *árjuna-* (‘blanco brillante’) en sánscrito, *arciv* (‘águila’) en armenio, *ārki* y *arkwi* (‘blanco’) en tocario A y B, respectivamente, y *harki-* (‘blanco, luminoso’) en hitita (Puhvel 1991: 169-171; Ivanov 2013: 63), entre otras.

De Hoz (1993: 366) explica la génesis del antropónimo Argantonio como una posible adaptación morfológica griega en *-on-yos* sobre el radical $\sqrt{*argant-}$, que obviamente no coincide con el término griego para plata (*árgyros*), que es el que cabe esperar de un hablante heleno. Por su parte, Untermann (2000: 77) defiende que, a pesar de que *arganto-* es una palabra celta y de que tal vez la lengua de las inscripciones llamadas tartesias podría ser céltica, hay una alternativa que permite considerar el antropónimo *Arganthonios* un nombre indígena [¿no celta?], cuya forma original se desconoce, integrado por los griegos en la morfología pregriega del mundo egeo, en el que se documentan el radical $\sqrt{*arg-}$ y el sufijo *-anth-*. Es decir, según esta hipótesis, los griegos habrían utilizado dos formantes tomados del sustrato egeo pregriego o, al menos, no griego para adaptar un antropónimo ibérico no indoeuropeo a la morfología griega. Me parece este un argumento un poco enrevesado.

Volviendo a la plata, debe destacarse que, salvo en itálico (lat. *argentum*) (Vallejo 2005: 187) y probablemente en hitita-luvita (Puhvel 1991: 171), la ecuación $*argant=$ plata no es en absoluto segura en todos los casos. En céltico, esta equivalencia ha sido simplemente negada. Así, Paillet (2006, 2007: 37, 45) defiende que el término $*argant / *arca(n)-t$ designaba al menos entre los celtas de la Península Ibérica, de Italia del Norte, de Galia y de Irlanda (aquí, con la forma *argat*) el oro y no la plata. Puede incluso que en la Península Ibérica no designara ni a uno ni a otro metal; al menos no fundamentalmente. Debe destacarse en este sentido que $*argant-$ está relacionado con una larga serie de topónimos y, sobre todo, hidrónimos como Arganda, Argandona, Argandoña, Argandenes, Arganza, Arganzuela, Arganzón, etc. (Vallejo 2005: 186) que pueden explicarse desde el registro lingüístico más viejo documentado en Europa, fundamentalmente hidronímico, plenamente indoeuropeo (Ballester 1998-99: 69; 2007), presente tanto en la Península Ibérica como en Asia Menor, por citar dos territorios bien alejados uno del otro. En todos los casos, los términos ibéricos señalados se refieren a cursos de agua o a lugares cercanos a cursos de agua. Es pues probable que el matiz acuático de $*argant-$ sea, si no el único, sí el predominante en la Península Ibérica. Por tanto, si se quiere vincular el nombre de este personaje con el sustrato indoeu-

ropeo de la Península Ibérica, puede defenderse que el antropónimo Argantonio nada tenía que ver con la plata, y quizá sí con el agua. De hecho, su interpretación como “el hombre de la plata”, al frente del país de la plata = Tarteso, solo sería admisible si el término empleado por los griegos fuera atribuible en todos los aspectos a su propia lengua; por ejemplo, un antropónimo como *Argyrós* (Porph. *Adm.*, 277, 15).

En la Península Ibérica, en concreto en Garrovillas de Alconéjar (Cáceres), se ha documentado un antropónimo que es un desarrollo de **argant-* y que es muy cercano a *Arganthonios*. Se trata de un *Arganton(us)* (*HEp* 13, 2003-4, 232: *Flaccus Arganton. Magilancum Mirobrigensis*). Es muy probable que este individuo llevara efectivamente un antropónimo celta (véase Ballester 2004: 107-138), cuya relación con la plata sin embargo no se impone como la opción más verosímil. Si se admite que el nombre portado por el individuo con el que se relacionaron los foccos era algo similar a *Arganton*, su forma *Arganthonios* parece explicada, salvo en la presencia de /θ/ en lugar de /t/, pues *Arganthonios* siempre es citado con aspirada (Vallejo 2005: 187), circunstancia que no ocurre con la toponomástica celta derivada de *argant-*. Este no es un detalle menor.

Entre otras lenguas, el celta no presenta restos de alófonos aspirados de ninguna oclusiva sorda, probablemente porque, cuando desapareció la causa que provocaba la articulación alofónica, no se produjo la fonologización de los alófonos, entre ellos de [th], que es el que nos interesa aquí; es decir, no se produjo la escisión de los alófonos [t] y [th], sino que estos fueron reintegrados a su articulación básica: /t/ (Villar 1971: 149-150). Por el contrario, en griego, como también ocurrió en latín, eslavo, armenio y otras lenguas, sí se produjo la escisión de la serie sorda, dándose como resultado la pervivencia, en la parte que nos importa, de sorda /t/ y sorda aspirada /θ/ (Villar 1971: 149-150). Es decir, en el hipotético caso de que el nombre dado por los helenos al supuesto rey de Tarteso fuera la pronunciación griega de un antropónimo celta derivado del étimo *arganton*, no habría habido necesidad alguna de aspirar /t/, pues este fonema era perfectamente asumible por el sistema fonológico griego. Así pues, como Vallejo (2005: 187) defiende, debe tenerse en cuenta la “posibilidad mediterránea” de la forma *Arganthonios*.

Y es efectivamente en el Oriente mediterráneo en donde hallamos de nuevo el antropónimo *Arganthonios*. Realmente se trata del nombre *Agathonios* inciso en un asa de copa ática de barniz negro, de mediados del siglo V a.C., aproximadamente, que otra mano transformó en *A<r>ga<n>thonios*, mediante la intercalación, bajo la línea, de *rho* y *ny* en sus lugares

correspondientes. La copa fue hallada en las excavaciones realizadas cerca del río Gallikós, en la ensenada del golfo Termaico, en la costa tracia, en donde muy probablemente se levantó la antigua Sindo. *Agathonios*, por cierto, es la forma en la que aparece el nombre del supuesto *basileus* tartesio en la recopilación del lexicógrafo Suda (*Lex.*, *alpha* 125), del siglo X. En opinión de Tiverios (2000: 63), esta inscripción documenta que alguien de esta población tomó el nombre del longevo rey de Tarteso y que, por lo tanto, el término Argantonio no se correspondía con un título real, sino que era un antropónimo. Independientemente de las razones por las que alguien arañó en el asa *Agathonios* (como vimos, nombre personal documentado por Suda), que después otra mano transformó en *Arganthonios*, esta copa ática documenta que el autor del primer grafito conocía el término *Agathonios*, quizá porque se llamaba así, y que el “corrector” obviamente conocía la forma *Arganthonios*. Pero de esto no se deduce necesariamente que el supuesto rey *Arganthonios* fuera una persona concreta, un rey histórico. Como indica Moret (2006: 53), dada la cercanía de Sindo al monte *Arganthonion*, porque así se llamaba, según una fuente literaria, un monte de Bitinia, debemos admitir que el autor de la transformación onomástica conocía la existencia de este orónimo, aunque, con su broma, según Moret, pudo estar refiriéndose al supuesto rey de Tarteso; o quizá no.

Es en concreto Estrabón (XII, 4, 3) quien cita el nombre de este monte bitinio, afirmando que al Norte de Prusias hay un monte al que llaman Argantonio. El nombre de este *oros Arganthonion* aparece en otras fuentes como *Arganthonion* (A.R., *Arg.* I, 1178), *Arganthon* (St. Byz. 111 Meineke) y *Arganthon mons* (Propert. *Eleg.* I, 20, 33), siempre con /θ/ en las formas griegas, como igualmente ocurre en el caso de la *Arganthonios krene*, fuente cuyo nombre es recogido por Suda (*Lex.*, *alpha* 3758) en la entrada dedicada a *Arganthonios*, que también incluye una referencia al *Arganthonion oros*, erróneamente situado por el lexicógrafo en la isla de Quíos, en lugar de al lado de Cío, ciudad costera bitinia situada cerca del monte Argantonio. Probablemente, Propertio (*Eleg.* I, XX, 33) se refiere a la fuente citada, aunque sin nombrarla. Según Esteban de Bizancio, el nombre del monte deriva del de la doncella *Arganthonios*. Cuenta Partenio de Nicea (*Erot.* 36) que *Arganthonios* era una cazadora de Cío que se enamoró de *Rhesos*, el jefe tracio que fue a apoyar a los troyanos y murió el día después de su llegada a Troya, tras cuyo óbito, *Arganthonios* se dejó morir de hambre. Cairns (2006: 243) destaca el aspecto etiológico de este mito, pues explicaba el origen del nombre de la montaña que dominaba la importante ciudad de Cío. Había una

segunda *Arganthon*, según Arriano de Nicomedia (*Bithyn.*, frag. 21.3 Roos-Wirth) una ninfa.

Hay que admitir, por lo tanto, que existía un ciclo mítico vinculado a un territorio muy concreto de Asia Menor en el que ocupaban un lugar central varios nombres derivados de *Arganthon*, frente a los cuales el único caso atestado en la Península Ibérica es un verdadero *hapax* en Occidente. ¿Es posible hallar en el sustrato lingüístico pregregio de Asia Menor uno o varios términos que pudieran dar lugar a la formación del nombre de un par de personajes míticos femeninos cuyas aventuras se desarrollaban en Bitinia y de un monte situado en el mismo territorio que era exactamente igual que el antropónimo, en su forma masculina, atribuido a un personaje que supuestamente vivió en la Península Ibérica?

Vimos más arriba que se documenta en hitita el término *harki-*, con el sentido de 'blanco, luminoso'. También se documenta en toda la Anatolia antigua un sufijo en *-anda* formante de topónimos (Laroche 1952: 71, 133). Además, debe destacarse que el grupo consonántico griego *-vθ-*, que es crucial en este problema, parece que equivale rigurosamente al hitita *-nd-* (López Eire 1967: 133) presente en *-anda*. Es decir, existían elementos como **harki-* y *-nd/-anda* que pudieron dar como resultado un término toponomástico pregregio a partir del cual la *interpretatio graeca* desarrolló *Arganthon*, *Arganthonion*, *Arganithone*, *Arganithoneios* y *Arganithoneion*, que sepamos. Así pues, el material lingüístico necesario para la génesis del antropónimo y del orónimo que nos ocupan estaba en Asia Menor. Y es muy probable que, en su forma masculina, este nombre acabara ubicado en la Península Ibérica.

Sabemos que muchos de los nombres que dieron los navegantes griegos a lugares de la Península Ibérica existían en origen en un territorio que se extendía por Grecia, el Próximo Oriente y el mar Negro (Rodríguez Adrados 2000, 2001). Sin embargo, como ha demostrado Moret (2006: 49), la densidad de correspondencias onomásticas con la Península Ibérica que se documenta en las costas del Ponto, de la Propóntide y del Helesponto es muy superior, ocupando un lugar central dentro de este territorio la ciudad griega de Lámpsaco, la primera colonia focea, fundada en torno a 654 a.C., que obviamente también se vio implicada en este proceso de exportación toponímica, pues, según la tradición, su primer nombre fue *Pityoussa* y los primeros habitantes del país en el que se levantó eran los *bébrykes*, topónimo y etnónimo, este último correspondiente a un pueblo mítico, que volvemos a encontrar en Occidente.

Las correspondencias toponímicas entre Iberia y Ponto-Bitinia se concretan en nombres con raíz griega,

como *Pityoussa*, *Ophioussa*, *Kallipolis*, *Olbia*, *Kalpe*, *Kypsela*, *Kalathe-Kalathoussa*, etc., y en nombres con raíz no griega o de filiación lingüística dudosa, como *bébrykes*, *Alybe*, *Abdera* y *Arganthonion*. Como propone Moret (2006: 50-51), la transferencia de los topónimos pudo deberse a los mismos marinos foceos. Pero, esta transferencia toponímica también pudo ser resultado de construcciones literarias, elaboradas precisamente en la región de Lámpsaco. Ambas vías pudieron coexistir. Así, puede atribuirse a la actividad de los marinos foceos algunos de los dobles toponímicos ibero-ponticobitinos, como *Pityoussa*, *Ophioussa*, *Kallipolis*, *Olbia* y *Leukades*, todos ellos topónimos muy repetidos en las orillas del Mediterráneo, especialmente en el Ponto y en las rutas foceas occidentales, o como *Kalpe*, *Kypsela* o *Kalathe-Kalathoussa*, que forman parte de los topónimos griegos contruidos a partir de una forma del relieve natural (Moret 2006: 50-51). Pero esta toponimia de marinos, transmitida y difundida en ambientes portuarios no lo explica todo, pues ciertas construcciones parecen demasiado cultas para no ser fruto de elaboraciones literarias (Moret *ibidem*). Algunos de los dobles ibero-ponticobitinos poseen un trasfondo mítico, como ocurre con los bébrices, que, aunque fueron ubicados en la Propóntide y, después, al Sur o al Norte del Pirineo, jamás vivieron ni en uno ni en otro lugar (Moret 2006: 52-54, 60-64). Solo existieron en la imaginación de los griegos de Lámpsaco. Con respecto al doblete *Arganthonion / Arganthonios*, Moret defiende que puede suponerse que los foceos, incomodados por el carácter extranjero del nombre del rey que les ofrecía hospitalidad, hallaron espontáneamente en su memoria onomástica un nombre griego que ofrecía algún parecido con él. Si el nombre en cuestión era de la familia de *argant-*, creo que, con lo dicho anteriormente, esta posibilidad pierde argumentos a su favor. También pudo tratarse de un nombre fenicio, construido a partir de elementos onomásticos como, por ejemplo, *'RQ*, que puede desarrollarse *'Arq* (*'ayin+r+q*), y NTN, o *'WRK* y NTN (véase Benz 1972: 147, 186, 364, 384), pero creo que es difícilmente demostrable esta posibilidad, aunque no carece de plausibilidad.

Uno de los fundamentos de la geografía arcaica griega era la creencia en la existencia de simetrías y de correspondencias entre los extremos del mundo, pues se pensaba que la tierra habitada estaba dividida en porciones simétricas, tanto en sentido norte-sur como en sentido este-oeste (Moret 2006: 54). Este último eje, en el que se imponía la idea esquemática bipolar de que el estrecho de Gibraltar y el Bósforo, que marcaban unos importantes hitos del mundo conocido, debían ser iguales y simétricos (Gangutia,

THA 1998: 255), resultó bastante productivo desde el punto de vista de los dobles toponímicos.

¿Quién pudo ser el responsable de los dobles toponómicos menos susceptibles de ser atribuidos a los ambientes portuarios? En opinión de Moret (2006: 54), el autor de los dobles de más marcado carácter literario pudo ser Caronte de Lámpsaco, uno de los logógrafos anteriores a la guerra del Peloponeso, según Dionisio de Halicarnaso (*De Thucyd.*, 5) (véase Gomme 1913: 225; Davison 1959: 218), y erudito casi contemporáneo pero anterior a Heródoto (Toye 1995: 283; Fowler 1996: 67; 2007: 40; Möller 2007: 249).

Caronte escribió una historia de Lámpsaco en dos libros; fue asimismo autor de una reputada *Persica* en dos libros y de una *Etiopica*, una *Helenica* en cuatro libros, una *Líbica* y una *Crética* en tres libros. También escribió sobre los *Pritanos de los <lampsacenos>* (gentilicio propuesto por A. Westermann en 1838 en lugar de *lacedemonios*) y las *Crónicas de los lampsacenos* en cuatro libros, que Fowler (1996: 67) considera dos títulos distintos de la misma obra. También redactó un *Periplo de las tierras más allá de las columnas de Heracles*, aunque Grilli (1990: 22) pone en duda su atribución a Caronte, y trató sobre la fundación de ciudades en dos libros (véase Drews 1973: 24-25; Toye 1995: 288; Fowler 2007a: 40; Möller 2007: 249).

Moret (2006: 65-66) destaca especialmente que Caronte escribió sobre los bébrices y las rocas Leucades, dos temas y dos nombres que están en el corazón de la red de correspondencias onomásticas entre Iberia y Ponto-Bitinia, y sobre las navegaciones más allá de las columnas de Heracles, semidió que ocupó un importante lugar en las obras de historia local de Caronte, especialmente en su crónica de Lámpsaco, y que muy probablemente fue el vínculo de unión entre Ponto-Bitinia y la Península Ibérica. Moret (2006: 67) apunta en este sentido que probablemente existió, en los inicios de la actividad colonizadora de Focea, un saber geográfico común a las ciudades foceas, alimentado a la vez por Lámpsaco y por las colonias de Occidente, pero que, tras la pérdida de la independencia de Focea, los vínculos entre la metrópolis y Occidente se rompieron a partir de mediados del siglo VI a.C. y la visión que los habitantes de Lámpsaco y de otros griegos del Ponto tenían del Extremo Occidente se hizo cada vez más imprecisa y tuvo que nutrirse de temas míticos locales, actividad en la que un autor como Caronte pudo dejar una huella perdurable en la tradición geográfica griega, frente a la nula competencia de las ciudades foceas del Extremo Occidente, carentes, que se sepa, de una producción literaria comparable. Probablemente, Caronte representó un papel fundamental en la creación de una geografía

mítica de Iberia nutrida de referencias ponticobitinias (Moret 2006: 66).

Puede uno estar más o menos de acuerdo con las propuestas de Moret acerca de los dobles toponómicos ibéricos-ponticobitinios, pero, lo que no puede negarse es que, como dije más arriba, un territorio muy concreto de Asia Menor era escenario de un ciclo mítico en el que buena parte de los nombres de personas y lugares eran derivados del término *Arganthon*. Caronte, vistos sus intereses literarios, no habría tenido dificultad alguna en bautizar con un topónimo antropónimo o con un antropónimo femenino masculinizado, en cualquier caso tomado de su cercano repertorio bitinio, para nombrar al individuo con el que los foceos indefectiblemente tuvieron que tratar para iniciar sus intercambios. Y a Caronte le pareció apropiado llamar a dicho individuo *Arganthonios*. Como cabe imaginar en el caso de los mercaderes foceos, no creo que Caronte se inclinara por este nombre en función de una hipotética relación con la plata, porque dudo mucho que los conocimientos lingüísticos de este erudito le permitieran proponer algo que, acertada o desacertadamente, solo la investigación lingüística actual ha podido, por razones obvias, plantear. Sin embargo, la relación de ciertas palabras que comenzaban por *arganth-* con las aguas, las fuentes y las ninfas sí era un conocimiento empírico a disposición de un erudito como Caronte. En este sentido, Larson (1997: 136) destaca que la elevada difusión de la creencia en ninfas en Bitinia permite relacionar los topónimos y antropónimos que presentan el radical $\sqrt{*arg-}$ documentados en los ciclos míticos de este territorio con el sentido más antiguo y amplio de 'blanco, brillante, resplandeciente' que es aplicable, en primer lugar, al agua de los ríos y lagos. El de Lámpsaco pudo utilizar un topónimo como *Arganthonion* o un nombre de fuente como *Arganthonios* o un nombre personal como *Arganthonios*, cuya relación con el agua conocería, para nombrar a un individuo relacionado también con las aguas, en este caso del río Tarteso.

La vinculación de Tarteso y de su río con la plata, como destaca Estesícoro, bien cimentada desde los primeros contactos de los mercaderes fenicios con los centros coloniales griegos en Sicilia y de los comerciantes griegos con los centros coloniales cananeos en la costa oceánica del Sur de Iberia, podría justificar que se relacionara a Argantonio con este metal y que se elaborara en torno a su figura un ciclo mítico de una u otra forma vinculado a la plata. Quizá esto se produjo realmente, pero no poseemos ni un solo texto griego que vincule a Argantonio con la plata. En algunas fuentes escritas en griego se relaciona Tarteso directamente con este metal (Hecat.

45 Nenci *apud* St. Byz; Ps.-Arist. *Mir.* 135; Strab. III, 2, 11; St. Byz. I, 606 Meineke), mientras que en otra se le relaciona con el estaño, el oro y el cobre (Ps.-Scymn., *Orbis descriptio* 164-166). Obviamente, en otras se relaciona Tarteso con Argantonio (Hdt., I, 163-164; *Scholia in D.P.*, 332; *Scholia in Lyc.*, *Alex.* 643; Phleg. *Mir.*, FGH 257 F 37= 29 Muller, *apud* Cod. Pal. gr. 398 V; Lucian., *Macr.*, 10; Strab. III, 2, 14; App., *Iber.* 2 y 63). Pero, como acabo de decir, en ninguna se relaciona directa e inequívocamente a Argantonio con la plata. Lo más cercano que podemos hallar es el texto de Heródoto (I, 163-164) que venimos comentado; pero, en lugar del esperado *árgyros* nos topamos con un término mucho más genérico: *khreímata* ('riquezas, bienes, dinero').

¿Pudo tomar Heródoto el relato de las relaciones entre foceos y *Arganthonios* de Caronte de Lámpsaco? Moret (2006: 41) destaca la desconfianza mostrada por los geógrafos helenísticos hacia los navegantes y mercaderes, pues consideraban que sus exageraciones y afirmaciones jactanciosas quitaban todo valor a las narraciones de sus viajes. Pero es probable que esta actitud fuera ya dominante en el siglo V a.C., de modo que lo más verosímil es que Heródoto prestara atención a las narraciones de un erudito, directamente o a través de terceras personas, antes que a las leyendas nacidas al calor de los ambientes empóricos, como él mismo da a entender cuando afirma que "Neco rey de Egipto [...] envió fenicios en barcos, encargándoles que navegaran de vuelta por las columnas de Heracles hasta el Mar del Norte y así volver a Egipto [...]. Y contaban, cosa poco fiable para mí, aunque sí para algún otro, que al realizar la circunvalación de Libia, tuvieron el sol a la diestra" (Hdt. IV, 42; THA 1998: 251). El erudito al que me refiero pudo ser perfectamente Caronte de Lámpsaco.

El logógrafo lampsaceno no careció de prestigio. Se admite que en algunos pasajes, el mismo Tucídides pudo depender de él (Chambers 1958: 227; Hornblower 1990: 359). Caronte es asimismo una fuente útil para la historiografía actual (véase Graham 1971: 40; Perlman 1992: 198), que incluso puede dudar en algún caso en atribuir un dato a Caronte o al mismo Heródoto (véase Griffith 2010: 431). Sin embargo, se ha defendido desde hace mucho tiempo que Heródoto no leyó ni siguió a Caronte (véase Wheeler 1854: xiv y 5; How y Wells 1912). Obviamente, no son pocos los investigadores que admiten llanamente la posibilidad de que Heródoto conociera y usara algunos de los trabajos de Caronte (véase Fowler 1996: 68-69, 2007b: 95; Flower 1998: 368; Hornblower 2002: 374; 2007: 309; Schepens 2007: 46; Lenfant 2007: 201; Pipes 2013). Es cierto que, cuando se han contrastado escritos de ambos autores referidos a un mismo

tema, en ninguno de los casos se puede defender con argumentos sólidos la hipótesis de una dependencia directa de Heródoto con respecto a Caronte (Piccirilli 1975: 1253), de modo que puede excluirse que Heródoto utilizara a su predecesor como fuente directa, al menos en el caso de los acontecimientos narrados por el erudito de Halicarnaso que es posible comparar con los fragmentos del lampsaceno que nos han llegado (Moggi 1977: 23-24). De todas formas, no es preciso que Heródoto conociera la obra de Caronte de primera mano para que el primero recogiera algún que otro dato de lo narrado por el segundo. Esto pudo producirse en la misma Lámpsaco.

En efecto, como nos recuerda Lister (1979: 35), en sus viajes, Heródoto navegó en dirección Norte desde Samos, siguiendo la costa de Asia Menor y el Helesponto, y, después de tocar varios puertos del mar de Mármara, viajó a través del Bósforo, visitando Bizancio y Calcedonia. Creo que Heródoto pudo recalar en Lámpsaco y que allí pudo, si no leer a Caronte, si escuchar algunas de sus historias narradas por profesionales aún activos (Evans 1980: 14), dedicados a recordar y contar el pasado de Lámpsaco en particular y de los foceos en general, en una época en la que, como nos recuerda Moggi (1977: 24), era predominante el carácter oral de la información y de la comunicación.

Según Olmos (1986: 592), los griegos introdujeron en la figura de Argantonio sus ideales utópicos sobre el feliz extremo del mundo, en el que la exuberancia de bienes y riquezas de los reyes se veía acompañada de una extrema longevidad, que era la imagen mítica que expresaba la idea de la felicidad y el bienestar que se atribuía a una región que fue, durante bastante tiempo, la tierra del enriquecimiento rápido y fácil para los habitantes del Mediterráneo central y oriental. Como afirma Olmos (2000: 33), estaríamos ante "el mito del buen monarca acogedor del viajero", una persona longeva, de largo reinado, de inmensas riquezas, hospitalaria y desprendida; sin duda, el personaje ideal que a cualquier griego le hubiera gustado hallar al final de una larga travesía, en el extremo del mundo. Como pone en evidencia Plácido (1989: 46), el mismo viaje de los foceos narrado por Heródoto está relacionado con una posible épica, que justificaría la vinculación a aspectos míticos plasmados en las riquezas minerales que la tradición legendaria atribuía a Crisaor y al Jardín de las Hespérides, es decir, a los viajes de Heracles, lazos representados específicamente por la figura de Argantonio y su significación como fuente de riqueza lejana y misteriosa.

También se ha propuesto la interpretación de Argantonio como una figura originada en el mito de las "razas de los hombres" transmitido por Hesíodo (*Op.*,

110-184), representativa en concreto de la “raza de los hombres de plata”, dadas la riqueza en plata del territorio sobre el que supuestamente tenía poder y la longevidad que se le atribuía (Araújo 2003: 168-171). Asimismo, se ha relacionado a Argantonio con el mito transmitido por Platón (*Rep.* 3.414c) —que, según el filósofo griego, tenía un origen fenicio—, en el que se dice que los hombres de oro eran los que estaban capacitados para gobernar y los hombres de plata eran sus guardianes, afirmación que se ha interpretado en el sentido de ver en Argantonio un “guardián” o representante del poder de Tiro en el emporio de Tarteso (Araújo 2003: 168-171). Sin embargo, esta faceta mítica de la personalidad de Argantonio no es probable si se basa solo en la supuesta relación lingüística del antropónimo con la plata. Por el contrario, hay un aspecto que es evidente. Me refiero en concreto a los años durante los que, según Heródoto, reinó, ochenta, y vivió, ciento veinte.

Durante el siglo I a.C., Estrabón (III, 2, 14) recogía una cita de Anacreonte (Berg *PLG III*: 253) en la que el poeta, que escribió en la segunda mitad del siglo VI a.C., se refería a la posibilidad de reinar en Tarteso durante una larga temporada: “Uno podría suponer que a causa de esa gran prosperidad tenían fama de longevos los hombres de allí, y sobre todo los gobernantes, y que por eso Anacreonte decía así: Yo por mi parte no querría ni el cuerno de Amaltea ni reinar ciento cincuenta años en Tarteso. Y Heródoto escribió incluso el nombre del rey, llamándolo Argantonio. Pues uno podría interpretar la frase de Anacreonte literalmente, o en sentido más general “ni reinar mucho tiempo en Tarteso”” (THA 1999: 661).

Es evidente que, al menos en el fragmento recogido por Estrabón, el poeta de Teos no nombra personaje alguno, ni poseemos elementos de juicio que permitan probar inequívocamente que se estaba refiriendo a Argantonio, aunque así lo presuponga Manfredini (1970: 281), entre otros. El mismo Estrabón afirma que fue Heródoto quien citó expresamente a Argantonio y esta circunstancia excluye que Anacreonte lo hubiera hecho por su parte. Podemos incluso atribuir al geógrafo la creencia de que Anacreonte se estaba refiriendo a un rey en concreto, que obviamente no podía ser otro que el longevo rey de Tarteso del que él había oído hablar. En opinión de Gangutia (THA 1998: 125), durante la estancia de Anacreonte en la corte de Polícrates de Samos, en la que estuvo entre 536 y 522 a.C., el poeta pudo conocer noticias acerca del viaje de Coleo y de las actividades de los focos en el Extremo Occidente, entre ellas la visita a Argantonio. Pero sigue siendo posible que Anacreonte no se refiriera a un personaje concreto, que quizá todavía no se había construido

literariamente ni había recibido el nombre con el que se le conocería desde Heródoto en adelante, sino que estuviera queriendo decir lo que dijo, es decir, “reinar mucho tiempo en Tarteso”, como el mismo Estrabón propone, expresando aquí el verso de Anacreonte la idea mítica de que los lugares de inmensas riquezas tenían habitantes longevos, incluidos sus reyes (García Fernández 2004: 122). De hecho, ninguna fuente literaria permite afirmar que Anacreonte nombrara a Argantonio. Obviamente no lo hacen los *Scholia in Dionysii Periegesin* (332), pues en esta cita solo se atribuye a Anacreonte la afirmación de que Tarteso era un lugar “plenamente feliz”. La afirmación en esta cita en concreto de que Argantonio fue rey de Tarteso se debe exclusivamente al autor de los *Scholia* y no a Anacreonte. Este último podría haber afirmado exactamente lo mismo sobre Tarteso, cuya fama en todo el Mediterráneo tenía que ser extraordinaria por aquellos momentos, basándose solo en las noticias difundidas en los ambientes empóricos, sin necesidad de los informes que pudiera conseguir en la corte de Polícrates de Samos y sin haber oído hablar de Argantonio.

Todavía en el siglo III a.C., una fuente afirmaba que Argantonio “vivió ciento veinte años, de los cuales ochenta fue rey, según cuenta Heródoto” (*Scholia in Lyc., Alex.*, 643; THA 1999: 514), manteniéndose así fiel al texto herodoteo en lo que respecta a la cronología vital argantoniana. Pero, poco más adelante, la referencia herodotea y la cita anacreónica, manifiestamente mal interpretada, se fundieron en un único *filum* literario que mantuvo su vigencia en los siglos siguientes. Como defiende Manfredini (1970: 281), Estrabón explicita que Heródoto había transmitido el nombre del rey Argantonio, pero no había precisado que, según Heródoto, el personaje en cuestión había reinado ochenta años y vivido ciento veinte. La lectura de este pasaje, según Manfredini, pudo inducir a posteriores eruditos a caer en el error de pensar que Heródoto atribuía ciento cincuenta años al reinado de Argantonio. Pero además, como veremos, el yerro asimismo alcanzó a la misma definición de la etapa vital a la que se asignaban dichos ciento cincuenta años.

Durante el siglo I, Plinio (*NH.* VII, 154, 1) afirmaba que Anacreonte atribuyó a Argantonio ciento cincuenta años de vida, pero no olvidaba la tradición herodotea cuando afirmaba que era verdad que Argantonio había reinado durante ochenta años y que se creía que había comenzado a reinar hacia el año cuadragésimo de su vida (Plinio, *NH.* VII, 156, 2).

En el siglo II, Apiano (*Iber.* 63) ponderaba la longevidad de Argantonio afirmando que se decía “que alcanzó los ciento cincuenta años” (THA 1999: 768).

También aseveraba Apiano (*Iber.* 2) que los griegos visitaron Tarteso y a su rey Argantonio y algunos de ellos se quedaron en Iberia en donde estaba su reino, dato que introduce un aspecto novedoso en la narración, pues, como pone en evidencia Niemeyer (1990: 50), ni el mismo Heródoto habla de ningún asentamiento foceo en la Península Ibérica, independientemente de que lo hubiera.

Por su parte, Flegón de Tralles (*Mir.*, FGH 257 F 37; también 29 Muller, *apud* Cod. Pal. gr. 398 V), a mediados del siglo II, se hacía eco de la cita de Heródoto y Anacreonte y llegaba a una síntesis similar a la de Apiano, afirmando que “Argantonio, rey de los tartesios, según cuentan Heródoto y el poeta Anacreonte (vivió) ciento cincuenta años” (THA 1999: 829). Luciano (*Macr.* 10) ofrece una noticia similar, aunque ni Heródoto ni Anacreonte dijeron nada de lo que afirman el de Tralles y el de Samosata. Ya en el siglo III, Censorino (*De die nat.*, XVII, 3) ignoraba a Anacreonte y atribuía la información solo a Heródoto. En cualquier caso, estamos ante una repetida errónea interpretación de la referencia anacreóntica, pues, como nos recuerda Powell (1988: 241), la cita literalmente implica ciento cincuenta años de reinado, no de vida.

En resumen, las cifras directamente atribuidas a Argantonio antes de que Anacreonte fuera erróneamente interpretado por sus colegas eruditos, son ochenta años de reinado y ciento veinte de vida. Y son estas las que van a centrar nuestra atención.

Según Kraeling (1947: 193-208), la versión mesopotámica del diluvio universal no proporcionaba una motivación suficientemente apropiada para esta catástrofe, de manera que los autores del Génesis tuvieron que inventar una justificación, que obviamente se expresó mediante una narración mítica. Según esta, una generación de superhombres, los *gibborim*, había planteado un serio problema al dios creador por sus actos violentos e impíos. Los *gibborim* eran considerados, en parte, de origen divino, pues eran el fruto del himeneo de “ángeles” con humanos. Este tema también fue tratado por Hesíodo (*Theog.*, 1019-1020), quien narra que las diosas inmortales yacieron con varones mortales y parieron hijos semejantes a los dioses. El comportamiento de los *gibborim* llegó a tales extremos que Yahvé llegó al convencimiento de que el único recurso para solucionar el problema era aniquilarlos, por lo que envió el diluvio. El dato que quiero destacar es que Yahvé había limitado la vida de los *gibborim* a ciento veinte años. Como nos indica Kraeling (1947: 200), los *gibborim* son una adaptación hebrea de la tradición babilónica de los reyes antediluvianos. Efectivamente, en la *Lista Real Sumeria* (col. i, 1-47; Jacobsen 1939: 71-77), las ci-

fras de los años de los reinados de dichos reyes y sus inmediatos sucesores postdiluvianos, rey a rey o por grupos, son en todos los casos múltiplos de 120 y, obviamente, de 40. La edad de ciento veinte años tiene un evidente significado mítico. Aparece en el caso de Moisés, que murió con ciento veinte años de edad (*Deut.* 34:7), en el caso de los etíopes, de los cuales se decía que muchos alcanzaban los ciento veinte años y algunos aún más (Hdt., III, 23), y, en el de los hombres de la raza de plata, que tienen un referente directo en los *gibborim* (*Gen.* 6.1-4), pues Hesíodo (*Op.*, 130-134) atribuye a los hombres de esta estirpe una infancia de cien años y una breve vida adulta, muy probablemente de veinte años (Kraeling 1947: 202).

Es pues ocioso intentar poner en relación la etapa de la intensa actividad desplegada por los griegos durante el último tercio del siglo VII a.C. y el primer tercio del siglo VI a.C. con los supuestos ochenta años del pretendido reinado de Argantonio, pues los datos cronológicos sobre este personaje reseñados por Heródoto responden al empleo por parte de quien elaborara la “tradición” argantoniana de un viejo elemento mítico de origen mesopotámico integrado en su momento por Hesíodo en el acervo mítico griego (véase Alonso 1987: 243). Le concedieron la edad propia de los seres considerados especiales, distintos y muy por encima de los demás mortales.

Consecuentemente, dado que la erudición del momento no había fijado el inicio de su reinado, Argantonio murió cuando fue necesario para la narración de la historia interna de los foceos. Heródoto (I, 165) dice al respecto: “En Cirno habían levantado ellos (los foceos) veinte años antes una ciudad por orden del oráculo, cuyo nombre era Alalia. Argantonio ya había muerto por entonces” (THA 1998: 241). En efecto, muchos habitantes de Focea, quizá algo menos de las mitad (Domínguez Monedero 2006a: 325-326), decidieron abandonar su patria hacia 540 a.C., ante la por aquellos momentos imparable expansión persa, y marcharon en masa hacia Occidente. El intento de asentarse en las islas Enusas, pertenecientes a Quíos, fracasó por la oposición de los quiotas (Domínguez Monedero 2006a: 325), de manera que se vieron obligados a avanzar más al Occidente, siendo acogidos al menos en Masalia (Graham 1964: 111-112), colonia focea fundada en torno a 600 a.C., y en Alalia, una colonia también focea fundada en Córcega hacia 560 a.C., de donde fueron posteriormente en parte desalojados por una serie de operaciones navales desarrolladas por Caere y Cartago. Los huidos de Alalia acabaron fundando Hyele (Elea), en la costa tirrénica meridional de la península italiana. En ningún caso hubo intento alguno de establecerse en el Suroeste de

Iberia. Domínguez Monedero (2006b: 435) sostiene que la referencia de Heródoto puede ser interpretada en el sentido de que los contactos con Tarteso, desde el punto de vista del historiador de Halicarnaso, no eran tan importantes como antes. Pero también es evidente que, para la erudición griega que escribió sobre el tema posteriormente, era obvio que este establecimiento no se produjo sino porque aquel que hubiera podido ofrecer la opción a los foceos, como había hecho años atrás, no lo hizo entonces. Y esto solo podía significar que ya había muerto. Al parecer, su desconocido “sucesor” no estaba por la labor de mantener las relaciones de hospitalidad (*xenia*) y de amistad (*philia*) con los foceos.

Para terminar, me centraré en la parte de la narración herodotea en la que se subrayan las recién citadas especiales relaciones mantenidas entre los foceos y Argantonio. En relación a estas, Domínguez Monedero (2001: 239) destaca que no cabe duda de que los griegos de Época Arcaica siguieron interpretando las relaciones que mantenían con los representantes de los grupos humanos con los que entraban en contacto desde el punto de vista de la vieja hospitalidad “homérica”, en sentido amplio. Esto puede comprobarse en el caso de la fundación de Náucratis, que fue consecuencia directa, según Heródoto (II, 178, 1), de la amistad que el rey egipcio mantuvo con los griegos; en la fundación de Masalia, en la que Aristóteles (frag. 549 Rose) asegura que el fundador, Aristoxeno, era *xenos* del rey indígena Nano; en la fundación de Mégara Hiblea, posibilitada, según Tucídides (VI, 4, 1), por la invitación del dinasta local, y en el caso de la fundación de la misma Lámpsaco, cuyo promotor, Foxo de Focea, era *philos* y *xenos* de Mandrón, rey de los míticos bébrices, vínculo surgido entre ambos que propició el habitual ofrecimiento de tierras por parte del rey indígena a Foxo y a los foceos, según narra Plutarco (*Mor.*, 255 a2-b3). Y en el caso de Tarteso, como no podía ser de otra forma, Heródoto narra que los foceos se hicieron tan amigos (*prospiles*) de Argantonio que este personaje les propuso que dejaran Jonia y se establecieran en la región de su país que ellos quisieran, demostrando así una espléndida hospitalidad. Como no se produjo ninguna fundación colonial griega en estos parajes, al contrario de lo que ocurrió en los casos de Náucratis, Mégara Hiblea, Masalia y Lámpsaco, la narración tuvo que incluir necesariamente la negativa de los foceos al ofrecimiento, adecuadamente compensado por la largueza argantoniana. En consecuencia, fueran las que fuesen en realidad las relaciones y fuera quien fuese el personaje con quienes los griegos establecieron contacto necesariamente, todos los indicios parecen indicar que estas fueron imaginadas y contadas de

una forma preestablecida, empleándose un verdadero cliché narrativo.

Obviamente, no sería la inmensa generosidad de un bondadoso rey, sino las espléndidas ganancias obtenidas por los foceos en las rentabilísimas relaciones económicas mantenidas con los mercaderes establecidos en el *emporion* llamado Tarteso las que en todo caso les permitieron financiar, totalmente o en parte, las murallas de su metrópolis (Roller 2006: 6), construidas entre 590 y 580 a.C. (Özyiğit 2003: 116). Pero, no cabe la menor duda de que era más prestigioso que la construcción de las defensas se debiera a la generosidad de un personaje extraordinario, que al trabajo arriesgado y anónimo de los mercaderes, en cuyas actividades Domínguez Monedero (2013: 21) aprecia un fuerte componente estatal, en cuanto que fue la *polis* en su conjunto la que se benefició de las ganancias obtenidas en Tarteso. De Hoz (2010: 223) cree que la atribución de la financiación de la muralla de Focea al rey Argantonio, así como su extraordinaria longevidad y su papel de benefactor que vive en lejanas tierras puede pertenecer a la leyenda, incluso a la leyenda folklórica. Por su parte, Niemeyer (1990: 50) subraya que el cuento de Heródoto sobre la riqueza que los foceos obtuvieron a través de la íntima amistad con Argantonio le recuerda otra narración de Heródoto (VI, 125) en la que el historiador cuenta que la familia de los Alcmeónidas recibió una gran fortuna del rey Cresos.

La plasmación en la figura de Argantonio de los ideales utópicos sobre el feliz extremo del mundo, la vinculación de su extrema longevidad con viejos mitos mesopotámicos integrados en la cultura griega, su carácter de buen monarca acogedor del viajero y su relación con una posible épica vinculada a aspectos míticos plasmados en las riquezas mineras atribuidas por la tradición legendaria a los viajes de Heracles, todo en la misma persona y con una aparente coherencia interna en la construcción mítica, quizá no sea resultado de un largo proceso de elaboración, sino de la labor probablemente de un único autor. La opción de Caronte de Lámpsaco parece adecuada, aunque obviamente la construcción literaria de Argantonio pudo deberse, totalmente o en parte, a otro erudito.

Pero, independientemente de quien fuera el autor, creo que los aspectos míticos de la figura de Argantonio que he intentado destacar en el presente trabajo permiten poner muy en duda la historicidad de este individuo como personaje así llamado, como ostentador del cargo de rey y, según acabamos de ver, como protagonista de las acciones que se le atribuyen. En primer lugar, porque el nombre que las fuentes literarias nos transmiten es más vinculable con la toponomástica bitinia, de donde fue presumiblemente

tomado por un erudito greco-oriental, probablemente de origen focoeo, interesado en los temas del Extremo Occidente, que relacionable con el sustrato lingüístico prerromano de la Península Ibérica. En segundo lugar, porque el cargo de rey que se le atribuye probablemente respondía a la necesidad de presentar al oyente y/o lector griego un sistema político monárquico esperable en un pueblo bárbaro. De hecho, los mercaderes griegos del periodo que estamos contemplando contactaron, por lo que respecta al Sur de la Península Ibérica, fundamentalmente, por no decir exclusivamente, con comunidades fenicias, pues las cerámicas griegas se hallan en ámbitos fenicios o frecuentados por los fenicios (Domínguez Monedero 2013: 16), aunque Huelva debe ser incluida entre los primeros (Pellicer 1996; González de Canales *et alii* 2004; 2008; 2010). El gobierno local que cabe imaginar para estas comunidades, probablemente en manos de magistrados, no se compadece con la forma de poder representada por el *basileus Arganthonios*. Y en tercer lugar, porque la narración de las relaciones del supuesto rey con los marinos focoeos, que sigue un esquema esclerotizado, tenía como objetivo vincular un territorio concreto del Sur de Iberia con los intereses económicos focoeos en Occidente y con la misma historia focoea en Oriente, atribuyendo a un fabuloso rey la financiación de la muralla de la metrópolis. La idea que surge de la lectura de este episodio es que estamos ante un caso de propaganda focoea realizada por un erudito focoeo.

Por otra parte, la forma de poder que Heródoto asigna a Tarteso y el mismo nombre del rey, interpretado en clave autóctona, han inducido a la mayor parte de los investigadores a considerar que tanto Argantonio como sus súbditos eran pobladores pre-fenicios del Sur peninsular, habitualmente llamados “tartesios”. La imagen que proyecta esta interpretación se corresponde muy bien con el paradigma que ha imperado durante décadas en la interpretación de las relaciones entre autóctonos o tartesios y alóctonos o fenicios, que, como sintetiza González Wagner (2011: 125), se ha caracterizado por su fuerte autoctonismo y por la defensa de la existencia de una poderosa aristocracia pre-fenicia, del predominio de la aculturación sobre la colonización y de la preponderancia de la coexistencia, la cooperación y la igualdad en las relaciones económicas. Sin embargo, esta imagen no encaja con el nuevo modelo explicativo —como por el contrario sí lo hace la visión que he defendido en este trabajo—, en el que prevalecen la reducción del protagonismo autóctono, limitado a ciertas pequeñas élites y a fuerza de trabajo para los colonizadores, una aculturación escasa y muy limitada socialmente, el predominio del colonialismo y la explotación econó-

mica y, como consecuencia de todo ello, la existencia de tensiones, conflictos y violencia (Moreno Arrastio 2000: 165, 2008: 53-57; Escacena 2002; González Wagner 2005; 2007; 2011: 125).

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, J. M. 1987: “Herodotus on the Far West”, *L'Antiquité Classique* 56, 243-249.
- Araújo, P. 2003: “Argantónio, um ‘guardião’ da ‘Idade da Prata’? A possível estrutura mítica do rei tartésico”, *Revista Portuguesa de Arqueologia* 6.1, 159-173.
- Ballester, X. 1998-9: “Sobre el origen de las lenguas indoeuropeas prerromanas de la Península Ibérica”, *Arse* 32-33, 65-82.
- Ballester, X. 2004: “Hablas indoeuropeas y anindoeuropeas en la Hispania prerromana”, *Elea* 6, 107-138.
- Ballester, X. 2007: “Hidronimia paleoeuropea: una aproximación paleolítica”, *Quaderni di Semantica* 28, 25-40.
- Benz, F. L. 1972: *Personal Names in the Phoenician and Punic Inscriptions*, Roma.
- Blázquez, J. M. 2007: “Últimas aportaciones a la presencia de fenicios y cartagineses en Occidente”, *Gerión* 25.2, 9-70.
- Cabrera, P. 2001: “El comercio jonio arcáico en la Península Ibérica”, P. Cabrera y M. Santos (coords.), *Ceràmiques jònies d'època arcaica: centres de producció i comercialització al Mediterrani occidental*, Barcelona, 165-177.
- Cairns, F. 2006: *Sextus Propertius: The Augustan Elegist*, Cambridge.
- Chambers, M. 1958: “Notes on Gomme’s Tucidides II-III”, *The Classical World* 51.8, 225-228.
- Chic, G. 2003: *El mundo mediterráneo arcaico*, Sevilla.
- Cruz Andreotti, G. 2004: “La geografía griega como espacio político”, *Geographia Antiqua* 13, 9-20.
- Cruz Andreotti, G. 2013: “Tarteso: reflexiones desde la literatura geo-etnográfica antigua”, J. M. Campos y J. Alvar (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba, 247-260.
- Davison, J. A. 1959: “Dieuchidas of Megara”, *The Classical Quarterly* 9, 2, 216-222.
- De Hoz, J. 1993: “Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica”, M. Almagro y G. Ruiz (eds.), *Los celtas: Hispania y Europa*, Madrid, 257-408.
- De Hoz, J. 2010: *Historia lingüística de la Península Ibérica en la antigüedad: I. Preliminares y mundo meridional prerromano*, Madrid.

- Domínguez Monedero, A. J. 2001: "La religión en el emporion", *Gerión* 19, 221-257.
- Domínguez Monedero, A. J. 2006a: "Fundación de ciudades en Grecia: colonización arcaica y helenismo", M. J. Iglesias, R. Valencia y A. Ciudad (eds.), *Nuevas ciudades, nuevas patrias. Fundación y relocalización de ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo Antiguo*, Madrid, 311-330.
- Domínguez Monedero, A. J. 2006b: "Greeks in the Iberian Peninsula", G. R. Tsetskhladze (ed.), *Greek colonisation. An account of Greek colonies and other settlements overseas*, vol. 1, Leiden-Boston, 429-505.
- Domínguez Monedero, A. J. 2006c: "Fenicios y griegos en el Sur de la Península Ibérica en época Arcaica. De Onoba a Mainake", *Mainake* 28, 49-78.
- Domínguez Monedero, A. J. 2007: "Mobilità umana, circolazione di risorse e contatti di culture nel Mediterraneo Arcaico", A. Barbero (dir.), *Storia d'Europa e del Mediterraneo. I. Il Mondo Antico. II. La Grecia. Volume III. Grecia e Mediterraneo dall'VIII sec. a.C. all'età delle guerre persiane*, Roma, 131-175.
- Domínguez Monedero, A. J. 2010: "Greeks and the Local Population in the Mediterranean: Sicily and the Iberian Peninsula", S. Solovyov (ed.), *Archaic Greek Culture: History, Archaeology, Art & Museology*, British Archaeological Reports. Int. Series 2061, Oxford, 25-36.
- Domínguez Monedero, A. J. 2013: "Los primeros griegos en la Península Ibérica (siglos IX-VI a.C.): mitos, probabilidades, certezas", M. P. de Hoz y G. Mora (eds.), *El Oriente griego en la Península Ibérica. Epigrafía e Historia*, Madrid, 11-42.
- Drews, R. 1973: *The Greek accounts of Eastern History*, Cambridge-Mss.
- Escacena, J. L. 2002: "Murallas fenicias para Tartessos. Un análisis darwinista", *Spal* 11, 69-105.
- Evans, J. A. S. 1980: "Oral Tradition in Herodotus", *Oral History Forum d'Histoire Orale* 4.2, 8-16.
- Flower, M. A. 1998: "Simonides, Ephorus, and Herodotus on the Battle of Thermopylae", *The Classical Quarterly* 48.2, 365-379.
- Fowler, R. L. 1996: "Herodotus and his Contemporaries", *The Journal of Hellenic Studies* 116, 62-87.
- Fowler, R. L. 2007a: "Herodotus and his prose Predecessors", C. Dewald y J. Marincola (eds.), *The Cambridge Companion to Herodotus*, Cambridge, 29-45.
- Fowler, R. L. 2007b: "Early Historie and Literacy", N. Luraghi (ed.), *The Historian's Craft in the Age of Herodotus*, Oxford, 95-115.
- García Fernández, F. J. 2003: *Los turdetanos en la Historia: análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Écija.
- García Fernández, F. J. 2004: "De Turdetania a Baetica: la imagen de una región paradigmática en la literatura grecolatina", F. Beltrán (ed.), *Antiqua Iuniora: en torno al Mediterráneo en la Antigüedad*, Zaragoza, 111-123.
- Gomme, A.W. 1913: "The Legend of Cadmus and the Logographi. -II", *The Journal of Hellenic Studies* 33, 223-245.
- Gómez Espelosín, F. J. 1993: "Heródoto, Coleo y la Historia de España Antigua", *Polis* 5, 151-162.
- González de Canales, F. 2004: *Del Occidente mítico griego a Tarsis-Tarteso. Fuentes escritas y documentación arqueológica*, Madrid.
- González de Canales, F., Serrano, L. y Llompart, J. 2004: *El emporio fenicio precolonial de Huelva, c. 900-770 a.C.*, Madrid.
- González de Canales, F., Serrano, L. y Llompart, J. 2008: "The emporium of Huelva and phoenician chronology: present and future possibilities", Cl. Sagona (ed.), *Beyond the Homeland, Markers in Phoenician Chronology - Monograph Series of Ancient Near Eastern Studies* 28, Leuven-Paris-Dudley, 631-655.
- González de Canales, F., Serrano, L. y Llompart, J. 2010: "El santuario de El Carambolo y la colonización agrícola del Bajo Guadalquivir", J. A. Pérez y E. Romero (eds.), *V Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular / IV Encontro de Arqueología Peninsular*, Huelva, 648-698.
- González Wagner, C. 2005: "Fenicios en el Extremo Occidente: conflicto y violencia en el contexto colonial arcaico", *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8.2, 177-192.
- González Wagner, C. 2007: "El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis", D. Plácido Suárez, F. J. Moreno Arrastio y L. A. Ruiz Cabrero (coords.), *Necedad, sabiduría y verdad: el legado de Juan Cascajero*, Gerion Extra 1, Madrid, 121-131.
- González Wagner, C. 2011: "Fenicios en Tartessos: ¿Interacción o colonialismo?", *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*, Oxford, 119-128.
- Graham, A. J. 1964: *Colony and mother city in Ancient Greece*, New York.
- Graham, A. J. 1971: "Patterns in Early Greek Colonisation", *The Journal of Hellenic Studies* 91, 35-47.
- Griffith, R. D. 2010: "Dogs, vines, and the invention of wine (Hecataeus 1 F 15 FGrHist)", *Mouseion* 10, 429-436.
- Grilli, A. 1990: "Il mito dell'estremo occidente nella letteratura greca", *La Magna Grecia e il lontano Occident*, Taranto, 9-26.
- Hornblower, S. 1990: "Thucydides and Greek History. Studies in Thucydides and Greek History by H. D. Westlake", *The Classical Review* 40.2, 359-361.

- Hornblower, S. 2002: "Herodotus and his sources of Information", E. J. Bakker, I. J. F. de Jong y H. van Wees (eds.), *Brill's Companion to Herodotus*, Leiden-Boston-Köln, 373-386.
- Hornblower, S. 2007: "Herodotus' influence in Antiquity", C. Dewald y J. Marincola (eds.), *The Cambridge Companion to Herodotus*, Cambridge, 306-318.
- How, W.W. y Wells, J. 1912: *A Commentary on Herodotus*, Oxford.
- Ivanov, V.V. 2013: "Comparative Notes on Hurro-Urartian, Northern Caucasian and Indo-European", <http://azargoshnasp.net/history/Hurrian/ivanov.pdf> (consultado 06/06/2013).
- Jacobsen, Th. 1939: *The Sumerian King List*, Chicago.
- Kraay, C. M. 1983: *The archaic coinage of Himera*, Napoli.
- Kraeling, E. G. 1947: "The Significance and Origin of Gen. 6:1-4", *Journal of Near Eastern Studies* 6.4, 193-208.
- Laroche, E. 1952: *Recueil d'onomastique hittite*, Paris.
- Larson, J. 1997: "Astacides the Goatherd (Callim. Epigr. 22 PF.)", *Classical Philology* 92.2, 131-137.
- Lenfant, D. 2007: "Greek Historians of Persia", J. Marincola (ed.), *A Companion to Greek and Roman Historiography*, vol. I, Malden-Oxford-Carlton, 200-209.
- Lister, R. P. 1979: *The travels of Herodotus*, New York.
- López Castro, J. L. 2000: "Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica", P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (coords.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. I Coloquio del CEFYP*, Madrid, 123-136.
- López Eire, A. 1967: "Los topónimos en "-ssos" y "-nthos" y el indoeuropeo", *Zephyrus* 18, 129-135.
- Manfredini, M. 1970, "Argantonio re di Cadice e la fonti del Cato Maior ciceroniano", *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 98, 278-291.
- Moggi, M. 1977: "Autori greci di Persiká. II: Carone di Lampsaco", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia* 7, 1-26.
- Möller, A. 2007: "The Beginning of Chronography: Hellanicus' *Hiereiai*", N. Luraghi (ed.), *The Historian's Craft in the Age of Herodotus*, Oxford, 241-263.
- Moreno Arrastio, F. J. 2000: "Tartessos, estelas, modelos pesimistas", P. Fernández Uriel, C. González Wagner y F. López Pardo (coords.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. I Coloquio del CEFYP*, Madrid, 153-174.
- Moreno Arrastio, F. J. 2008: "En El Corazón de las Tinieblas. Forma y dinámica de la colonización fenicia en Occidente", *Gerión* 26.1, 35-60.
- Moret, P. 2006: "La formation d'une toponymie et d'une ethnonymie grecques de l'Ibérie: étapes et acteurs", G. Cruz Andreotti, P. le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica I. La época republicana*, Málaga-Madrid, 39-76.
- Niemeyer, H.G. 1990: "The Greeks and the Far West. Towards a reevaluation of the archaeological record from Spain", G. Nenci y O. Reverdin, (eds.), *Hérodote et les peuples non grecs*, Vandoeuvres-Genève, 29-53.
- Olmos, R. 1986: "Los griegos en Tarteso: replanteamiento arqueológico-histórico del problema", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 584-600.
- Olmos, R. 2000: "Tras los pasos de Heracles: en los umbrales de la historia griega de Occidente", P. Cabrera y C. Sánchez, *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid, 27-38.
- Özyiğit, Ö. 2003: "Recent work at Phokaia in the light of Akurgal's Excavations", *Anadolu / Anatolia* 25, 109-127.
- Pailler, J. M. 2006: "Quand l'argent était d'or. Paroles de Gaulois", *Gallia* 63, 211-241.
- Pailler, J. M. 2007: "L'argent- suite: encore le lexique gaulois du métal", *Pallas* 75, 37-48.
- Pellicer, M. 1996: "Huelva tartesia y fenicia", *Rivista de Studi Fenici* 24.2, 119-140.
- Perlman, P. 1992: "One Hundred-Citied Crete and the 'Cretan ΠΟΛΙΤΕΙΑ'", *Classical Philology* 87.3, 193-205.
- Piccirilli, L. 1975: "Carone di Lampsaco ed Erodoto", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia* 5, 1239-1254.
- Pipes, D. 2013: "Herodotus: Father of History, Father of Lies", <http://www.loyno.edu/~history/journal/1998-9/Pipes.htm> (consultado 03/07/2013).
- Plácido, D. 1989: "Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente", *Gerión* 7, 41-51.
- Plácido, D. 1993: "La imagen griega de Tarteso", J. Alvar y J. M. Blázquez (coords.), *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 81-90.
- Powell, J. G. F. 1988: *Cicero Cato Maior de Senectute*, Cambridge.
- Puhvel, J. 1991: *Hittite etymological dictionary. Vol. 3. Words beginning with H*, Berlin-New York.
- Rodríguez Adrados, F. 2000: "Topónimos griegos en Iberia y Tartessos", *Emerita* 68.1, 1-18.
- Rodríguez Adrados, F. 2001: "Más sobre Iberia y los topónimos griegos", *Archivo Español de Arqueología* 74, 25-33.

- Roller, D.W. 2006: *Through the pillars of Herakles: Greco-Roman exploration of the Atlantic*, New York.
- Schepens, G. 2007: "History and Historia: Inquiry in the Greek Historians", J. Marincola (ed.), *A Companion to Greek and Roman Historiography*, vol. I, Malden-Oxford-Carlton, 39-55.
- Shefton, B. B. 1982: "Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The Archaeological Evidence", H. G. Niemeyer (ed.), *Phönizier im Westen*, Madrider Beiträge 8, Mainz, 337-370.
- THA 1998: Mangas, J. y Plácido, D. (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiqua II A. La península ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón. Inscriptiones graecae antiquissimae Iberiae*, Madrid.
- THA 1999: Mangas, J. y Plácido, D. (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiqua II B. La península ibérica prerromana de Éforo a Eustacio*, Madrid.
- Tiverios, M. A. 2000: "Hallazgos tartésicos en el Hero de Samos", P. Cabrera y C. Sánchez (eds.), *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid, 55-68.
- Toye, D. L. 1995: "Dionysius of Halicarnassus on the First Greek Historians", *The American Journal of Philology* 116.2, 279-302.
- Untermann, J. 2000: "Lenguas y escrituras en torno a Tartessos", *Arganthonio, rey de Tartessos*, Sevilla, 69-78.
- Vallejo, J. M. 2005: *Antroponimia indígena de la Lusitania romana*, Vitoria.
- Villar, F. 1971: "El problema de las sordas aspiradas indo-europeas", *Revista Española de Lingüística* 1, 129-160.
- West, M. L. 1971: "Stesichorus", *The Classical Quarterly* 21.2, 302-314.
- Wheeler, J. T. 1854: *The Geography of Herodotus*, London.

Recibido: 08-10-2013
Aceptado: 21-01-2014